



STEVENSON Y LA RICA  
AMBIVALENCIA DE THOREAU

Concord Woods, Massachusetts  
Foto: Jeff

FREDDY TÉLLEZ

## FREDDY TÉLLEZ

Nacido en Bogotá y doctor en filosofía de la Universidad de París VIII, vive en Europa desde hace más de cuarenta años; actualmente reside en Suiza.



\*

Henry David Thoreau (1817-1862) es ese hombre que a los diecinueve años, en la ceremonia de recepción de su diploma de bachillerato en letras, proclama en voz alta: “Este curioso mundo en el que vivimos es más maravilloso que útil. Ahí está, no tanto para que lo utilicemos, como para que lo gocemos y admiremos. El orden de las cosas debería ser invertido: el séptimo día debería ser para el hombre el del trabajo, en el que se gane el pan con el sudor de la frente, y los seis restantes su domingo consagrados a lo que le gusta, así como a su alma...”.

Y un año antes escribía: “Nuestro indio es mucho más hombre que el habitante de las grandes ciudades. Vive como hombre, piensa como hombre, muere como hombre... El segundo es instruido, sin duda. La instrucción es una invención del arte, pero no es esencial a la perfección: es incapaz de educar...”<sup>1</sup>.

Esas dos citas nos revelan a Thoreau por entero. Su vida será una explicitación, una ramificación en profundidad de esas convicciones primigénias, juveniles. Resulta difícil encontrar un caso de integridad similar, de terquedad y obsesividad ética parecidas, y *tan bien formuladas*.


Thoreau es un ejemplo destacado de desadaptación lograda. Alguien que “vivirá la paradoja”, tal como lo anota uno de sus biógrafos, “de pasar cuarenta años de aventuras en el reducido perímetro de un villorrio. Catorce volúmenes de un Diario íntimo, cinco o seis libros inmortales demuestran el éxito de la opción”<sup>2</sup>.

Al reducido perímetro de su Concord natal, en Massachusetts, podría agregarse la pretendida exigua actividad autoproclamada por el mismo autor, quien a los veintiún años escribía en su Diario: “qué (gran) héroe se puede ser, sin (siquiera) tener que levantar un dedo”<sup>3</sup>. Thoreau, que nunca abandonó su región natal, es un ejemplo vivo de inactividad productiva, esa especie de oxímoron que revela más bien su intensa actividad interior. Pues es allí donde él hierve cual un volcán.

\*

Según se sabe, sus compañeros de estudio lo llamaban “el juez”. Toda su obra es un ejercicio crítico, a veces desmesurado, a veces de constatación. Pero crítico. Si ser lúcido significa no cerrar los ojos y observar y sopesar su propio presente, Thoreau fue, con Emerson (1803-1882), uno de los hombres más lúcidos de su época. Si ser juez implica situarse por encima





de los otros, para verlos mejor, condenándolos o apoyándolos según el caso, Thoreau fue uno de los jueces más implacables de sus contemporáneos y de su tiempo.

Esa es la primera capa constitutiva de su “desadaptación”: una capacidad analítica fuera de norma. De ahí igualmente su integridad moral. Thoreau encarna todo el complejo rigor de la frase “vivir como se piensa”. Digo “complejo rigor” en el sentido de severidad de juicio, pero asimismo de riqueza. Thoreau fue un “fabricante” de ideas y principios, que se extenderán, como es sabido, por todo el planeta. Que baste pensar en *La desobediencia civil*. También en *Walden o la vida en el bosque*, sin duda, aunque en menor medida por ser ese un modo de vida inaccesible al común de los mortales. De ahí que antes que de ideas se trate de formas de existencia, y precisamente porque en él esa diferencia no existió.

Vivir y pensar fueron en él una sola cosa. Al diablo, si el riesgo fue a veces la rigidez del comportamiento, el ascetismo moral y el criticismo severo de la mirada. Al diablo, insisto, vista la eficacia y productividad del ejemplo que dejó. Sin embargo, podríamos interrogar un hecho sintomático: me refiero a que, según parece, sus conciudadanos lo consideraban “a crank”, un maniático.

Robert Louis Stevenson (1850-1894) fue uno de los pocos escritores de ese siglo, si no el único, que supo confrontarse a esa problemática y que constituye lo que podríamos llamar la rica ambivalencia de Thoreau. En un ensayo de 1880 dedicado al autor, Stevenson establece de él un retrato crudo y severo. Refiriéndose a un grabado de su rostro, el escritor escocés considera que en este “no se halla la más mínima traza de calor humano”, a la vez que lo adorna de rasgos negativos: poco indulgente, descortés y “ni siquiera amable”. De hecho, continúa, Thoreau “se conmovía muy poco y sus pálidas sonrisas adolecían de convicción”<sup>4</sup>. A partir de ahí, las características se encadenan: Thoreau sería alguien al que le gusta posar, al que le era más fácil decir no que sí, al que el humor le parecía una virtud indigna; alguien que no deseaba compartir sus virtudes sino que las conservaba solo para él; su vida sin entusiasmo, temerosa del contacto con el mundo, estaría marcada por el temor e incluso la cobardía; era un espectador pasivo que se mostraba “fríamente cruel” en su búsqueda de bondad e “incluso mórbido en su busca de salud”.



Y aquí vale la pena citar por entero el siguiente párrafo:

Cuando vemos a ese mismo hombre privarse en prácticamente todos los dominios de casi todo lo que a sus conciudadanos les gustaba consumir de manera inocente, además de evitar las dificultades [...] de un comercio con la sociedad humana, reconocemos entonces esa salud valetudinaria que es más delicada que la enfermedad misma. Nada nos obliga a testimoniar respeto por ese modo de vida artificial. Una verdadera salud está por encima de dicho rigorismo. [...] El hombre obligado de renunciar a los hábitos de sus contemporáneos para llegar a ser feliz, se asemeja a aquel que para ese fin recurre al opio (Stevenson, 2009).

Allí no se detiene, claro está, el análisis de Stevenson. A lo largo de su escrito él no cesará de subrayar el valor positivo de la vida y el pensamiento de Thoreau. Pero es el balance complejo entre su visión cruda negativa y su admiración a pesar de todo, que conforma el mérito de su estudio. Por encima de una concepción apologética la vida de Thoreau resalta mejor. O para decirlo en sus propios términos: “Excepción hecha de sus excentricidades (y Stevenson las enumera una a una sin ninguna condescendencia) él había sondeado y puesto en obra una verdad de aplicaciones universales”.

Otra cita del mismo texto puede ayudarnos a explicitar nuestro propósito. Stevenson afirma: “Vivir puede resultar a veces difícil, pero no tiene en absoluto nada de meritorio en sí, y debemos poseer otros argumentos para justificar ante nuestra conciencia el hecho de continuar existiendo en esta tierra superpoblada”. Thoreau es aquel que no dejó de aportarnos argumentos para justificar nuestra existencia en esta tierra. Sólo que su riqueza se encuentra asimismo en otro pasaje de su obra del que Stevenson estima que podría dirigirse con certeza a su propio autor. A saber: “No seáis demasiado morales. Así corréis el riesgo de privaros en exceso de la vida...”

\*

Cómo vivir sin que en ello se nos vaya la vida: esa preocupación que caracteriza a quienes sienten la terrible fugacidad del simple transcurrir, Thoreau la encarna de manera plena. Stevenson nos muestra que él la personifica a la vez *ambivalentemente*. **U**

<sup>1</sup> Léon Bazalgette, *Henry Thoreau sauvage*, Rieder et Cie. Éditeurs, Paris, 1924.

<sup>2</sup> Régis Michaud, *La vie inspirée d'Emerson*, Plon, Paris, 1930.

<sup>3</sup> Henry David Thoreau, *Journal, 1837-1861*, Denoël, Paris, 1986.

<sup>4</sup> R. L. Stevenson, *Un roi barbare. Essai sur H.D. Thoreau*, Finitude, Paris, 2009.